

## EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 7 de Setiembre de 1880.

### MEJORAS LOCALES.

I.

El Amigo de Cartagena en uno de sus últimos números ha publicado una carta suscrita bajo el pseudónimo de Washington, en la cual, su autor lanza una idea, que no por atrevida, ha dejado de ser comentada y discutida en el consejo de la opinión pública, con más ó ménos aceptación; según la manera de juzgar de cada cual; tal es la demolición del montezuelo llamado Molinete.

El Eco, sin hacer oposición al proyecto, pero identificado en el ideal que lo sugiere, propone por su parte el derribo de las murallas, cinta de hierro, hoy harto quebradiza ante las formidables máquinas Astrong, que nos oprime en una injustificable estrechez; nosotros aceptando lo uno y lo otro diremos, que ambos proyectos nos parecen buenos, y dignos de que se tomen en consideración por los hombres que llamados están por el capital ó la posición á las grandes empresas; y es una tercera opinión que lanzamos aquí por si alguien la recoja, un lazo de unión entre uno y otro proyecto, sin otro fin que buscar la armonía dentro de lo útil y de lo conveniente. Y como no parecerme buenos cuando me recuerdan mis ilusiones de niño! todavía debe andar entre mis papeles un proyecto en que entraban á la parte la demolición de las murallas y del molinete; por eso entro á ocuparme más gratamente del asunto.

Como necesidad imperiosa, estamos en primer término con EL ECO; Cartagena es hoy, como la casa pequeña destinada á hospedar numerosas familias y necesita ensanchar sus límites; como conveniencia, la demolición del Molinete se recomienda por sí misma. Son dos proyectos que parecen llamarse el uno al otro.

Si Cartagena lograrse ver en tierra sus murallas, y estender su población por el anchuroso valdío del Almarjal ¿qué significaría entonces ese montezuelo en el centro de la ciudad? una vertiente más para enlodazar con sus súcias aguas el valle en que vivimos; un estorbo á la libre circulación de los vientos. ¡Si al menos se recomendase algún recuerdo histórico ó tradicional... pero lejos de esto, el monte Croni ó Cronio no ofrece de antiguo más que el nombre; sobre su cumbre, cortándole de Este á Oeste corria la muralla con que circunvaló á Cartagena el Rey sabio, y la que despues mandó hacer Felipe II; dos molinos de viento, cuyas torres aun subsisten, uno de ellos en forma de capilla, y una fábrica de pólvora, son todos los recuerdos

que tenemos del Molinete, nombre que acaso le impuso el vulgo por autonomasia. Abijo, pues, el Molinete.

Pero esto que quiero para mañana, lo considero, cuando menos, prematuro el intentar lo hoy. No entraré aquí á tratar en el orden económico de los medios conducentes para su realización; quédese su estudio para los que están llamados á resolver este problema; yo mirando á los hechos, estoy por que antes de demoler debemos pensar donde hemos de edificar. El Molinete contiene una población que no bajará de tres mil almas; de acometer desde luego su demolición, esas almas, tendrían que bajar á habitar en el llano, lo cual traería un foco más de aglomeración ó lo que es más probable, faltas de módicas habitaciones, irían á engrosar las poblaciones de los barrios extramuros; por que no vaya á creerse que podrían despues encontrarlas en las nuevas edificaciones del espacio allanado: las casas que allí se levantarán no serían seguramente para las clases de la humilde condición que las desalojadas, como no lo serán tampoco las que se construyan en el desmonte para la prolongación de la calle de la CARIDAD hasta la orilla del mar. Hoy el capital, condenado á desinvolverse trabajosamente en un círculo de hierro, explotado en el centro, ó sea la parte más principal de la población, tiende sus miras á las adyacentes, donde albergue tienen las clases ménos acomodadas; el interés del lucro solo piensa en lujosas edificaciones; y de aquí que andando el tiempo apenas si quedara habitación para el obrero y las modestas fortunas. De seguir así, dia llegará que el pobre irá por necesidad á albergarse á los barrios extramuros, y la clase media no encontrará donde meterse. Y ello es lógico, cuando la población acrece y el círculo no se ensancha.

Cartagena lo que necesita, más que suntuosos edificios, accesibles solo á determinadas fortunas, son barrios espaciosos de condiciones de salubridad y de higiene que en los casos desgraciados de constelaciones epidémicas no vuelva á ofrecer al mundo el horrible espectáculo de mil ochocientos cuatro. La muerte halló entonces una masa humana de cerca de cuarenta mil almas donde esgrimir á mansalva su segur; hoy horror dá en pensarlo, si llegara á reproducirse el conflicto.

La política no anduvo muy acorde, que digamos, con la prevision en el trazado de estas fortalezas. Felipe II, es verdad, que al restaurarlas por los años de mil quinientos setenta y siete solo pensó en cerrar una puerta á las invasiones berberiscas, sin cuidarse para nada del desecamiento de los almarjales, foco de infec-

con mucho más terrible que las acometidas de los corsarios; pero Carlos III, al querer completar la obra grandiosa de su padre, no tuvo en cuenta que con el establecimiento de estos arsenales se inauguró para Cartagena una nueva era de prosperidad; y que haciendola centro marítimo del Mediterraneo, la guerra, el capital y el trabajo habian de concentrar en ella una población siempre creciente, cual vino experimentándose desde mil setecientos cuarenta y nueve á mil ochocientos cuatro. Cuando la muerte llamó á sus puertas encontró una muchedumbre inmensa que se revolvía trabajosamente en un circuito de cuatro kilómetros escasos; por eso sus efectos fueron tan terribles.

A ensanchar ese espacio es á donde deben dirigirse primeramente nuestros esfuerzos, antes que pensar en la demolición del Molinete ni en prolongación de calles ni de plazas; lo que conviene es insistir uno y otro dia en el derribo de las murallas, que por respetable que hagan á Cartagena ante el mundo, lo cierto es que vivimos esclavos de su importancia militar. Y, despues de todo ¿para que se quieren teniendo para su defensa las imponentes fortalezas de La Atalaya, Las Galeras y San Julian, con el apéndice del fuerte de Los moros? Temerario fuera pensar en la plaza sin tener la posesión de los castillos; y de ello es evidente prueba que en el asedio de mil ochocientos cuarenta y cuatro las miras del general Roncali estuvieron siempre puestas en La Atalaya, donde, según voz del vulgo, habia ofrecido al general D. Manuel de la Concha tomar el chocolate el dia de San José; (1) en el funestamente célebre de mil ochocientos setenta y tres, la entrega de esa misma fortaleza trajo tras de sí la de la plaza. Por el contrario, en el año mil ochocientos veintitres, unas cuantas basas disparadas desde sus muros, fué lo bastante para que los soldados de Angulema tomasen desde los barrotes la vuelta de Murcia. Por eso, cuando despues entraron de paz, se les oia exclamar señalando al castillo ¡Oh talayo, talayo!

MANUEL GONZÁLEZ.

Continuará.

### MISCELANEA.

#### LA CABALGATA DE BRUSELAS.

Las grandes fiestas con que ha celebrado Bélgica el quincuagésimo aniversario de su independencia han

(1) El éxito del intento no correspondió á sus deseos; y apenas si tuvo tiempo de tomarlo en San Anton.

terminado con una magnífica cabalgata cuya descripción extractamos de un periódico de París.

Abria la marcha una sección de gendarmeria á caballo. Seguia un grupo numeroso de giuets representando las comunidades flamencas de la primera época histórica de aquel país. Los de los siglos XIII, XIV y XV llevaban brillantes armaduras. Los porta-estandartes de las diez comunidades vestian el elegante traje del siglo XVI, con dalmática de terciopelo, y los caparazones de sus caballos eran de tisú de oro.

Diez y siete amazonas con diadema de oro guarnecida de pedrería y trajes de terciopelo y seda simbolizaban la segunda época histórica de Flandes, representando las 17 provincias unidas bajo el cetro de los duques de Borgoña, habian sido escogidas entre las mujeres más hermosas de Bruselas. — Detrás de ellas iba el duque de Borgoña, precedido de timbaleros, trompeteros y porta-estandartes y seguido de los dignatarios de la orden del Toison de Oro, estos con grandes mantos de terciopelo rojo. En el séquito del Duque figuraba una sociedad coral cuyos individuos llevaban traje de lana blanca finísima con follados de seda color de rosa.

La tercera época (siglo XVIII,) cuando Bélgica no era más que una provincia del imperio austriaco, estaba representada por la emperatriz Maria Teresa y los Estados generales. Los nobles, cubiertos de bordados de oro y plata; el clero con sotana y bonete cuadrado, los individuos del tercer Estado, con casaca negra, chupa bordada y zapatos de hebilla. Maria Teresa, representada por una flamenca rubia, arrogante moza que llevaba la corona y el cetro con la magestad de una reina verdadera, iba debajo de un dosel resplandeciente de dorados. La multitud saludaba con vivas y aclamaciones.

Varios grupos representando tipos de los combatientes de 1830 simbolizaba la cuarta época histórica ó sea el origen de la Bélgica actual y cerrando la primera mitad de la cabalgadura.

Formaban la segunda mitad los carros de la Agricultura, de la industria, de los ferro-carriles, de las artes, de la prensa, etc., es decir, la representación de la Bélgica contemporánea ostentando orgullosamente sus riquezas. 84 bueyes tiraban del carro de la Agricultura. El carro de la Industria iba escoltado por numerosos grupos de mineros, tejedores, vidrieros representantes de todos los grandes gremios que son la fortuna del país. Cuatro locomotoras echando humo ocupaban la plataforma del carro de los ferros-carriles.

La legion de los distritos municipales de Bélgica, cada uno de los cuales estaba representado por un